

Arnaldo en beneficio de la Iglesia, juntando para ella inmensos tesoros? En conciencia debía hacerlo; y pues no lo hizo, es claro que no dió Arnaldo las muestras que se dice de su habilidad, y que los jurisperitos que se citan no tuvieron otro testimonio del hecho que alguna hablilla vulgar.

De Paracelso no hay otro testigo que su discípulo Oporino, el cual refiere muchas cosas increíbles de su maestro; fuera de que, no dice que jamás le viese transmutar algún metal en oro, si sólo que anocheciendo algunas veces pobrisimo, le mostraba por la mañana algunas monedas de oro y plata, como que las había hecho por el arte de la alquimia. Pero ¿de dónde sabemos que Paracelso no tenía aquellas monedas escondidas para ostentarlas á su tiempo á Oporino, para hacerle creer que poseía el secreto de la piedra filosofal, como quiso hacerlo creer á todo el mundo? Hay tan poco que fundar en todo lo que dijo y escribió Paracelso, que es excusado detenernos en esto. Los autores que se jactaron de poseer la chrysopæia escribieron de este arte en jerigonza; Paracelso escribió también en jerigonza la *Medicina*.

En órden á Bernardo Trevisano, ó conde de la Marca Trevisana, no sé que conste el que supo la fábrica artificial del oro, sino de que él mismo lo dice en el libro de *Secretissimo philosophorum opere chemico*. Y no pienso que estemos obligados á creerlo sobre su palabra, mayormente cuando en aquel escrito da bastantes señas de autor vano y mentiroso. No es menester para el desengaño más que ver los autores ó libros supuestos que cita, como las *Crónicas de Salomon*, las *Pandectas de Maria profetisa*, el *Testamento de Pitágoras*, la *Senda de los errantes*, escrita por Platon, no sé qué breve tratado de Euclides, el libro de un Aristeo, que dice gobernó todo el mundo diez y seis años, y que fué el más excelente de todos los alquimistas, despues de Hermes.

Donde se ha de advertir, que cuanto dicen los alquimistas de estos y otros autores antiquísimos que trataron de la chrysopæia, es invencion y sueño. El célebre médico de Lieja Herman Boerhaave, que examinó con cuidado esta materia, dice (*in Prologom. ad institut. Chemia*) que el autor más antiguo que apuntó algo de la chrysopæia fué Enéas Gasero, el cual floreció al fin del quinto ó al principio del sexto siglo de nuestra restauración; y el primero que trató doctrinalmente esta materia fué Geber ó Gebro, que unos hacen árabe, otros griego, y floreció en el séptimo siglo.

Del boticario de Treviso cuenta Cardano, que, en presencia de Andres Critti, dux de Venecia, y los principales patricios de aquella república, convirtió el azogue en oro. Julio César Scaligero hace á Cardano, sobre esta noticia, la misma objecion que arriba hicimos sobre la de Arnaldo de Villanova. «Si esto, dice, fuese verdad, el senado veneciano se hubiera servido de aquel hombre para enriquecer con inmensos tesoros la república, y áun le hubiera obligado á revelar el secreto.» El padre Delrio desprecia este argumento, y responde, lo primero, que ¿de dónde supo Scaligero que el Senado no lo hizo? Lo segundo, responde, que cree que aquellos senadores, ó despreciaron el suceso como dudoso, ó tuvieron aquella experiencia por puro juego de manos.

Flaca solución á fuerte argumento. En cuanto á lo primero digo, que supo Scaligero, y yo también lo sé, que el Senado no se hizo dueño del arte de la chrysopæia, porque, á ser así, se hubiera también hecho dueño del imperio otomano y áun de todo el mundo, como se hará cualquiera república que pueda aumentar sus tesoros sin límite. En cuanto á lo segundo, ¿quién creerá que pudiendo el Senado examinar seriamente el hecho y enterarse de la verdad, en materia de tanta importancia no lo hiciese? El boticario trevisano era súbdito de la república, porque Treviso es del dominio de Venecia, y así justamente podía obligarle á trabajar para ella; con que es indubitable, que en caso de tener la experiencia por segura, se serviría del artífice, y en caso de juzgarla dudosa, con severo exámen se aplicaría á averiguar la verdad. Si lo hizo, pues no se sirvió del artífice, es claro que halló ser la arte delusoria. El padre Delrio, para fortalecer el testimonio de Cardano, añade el de Guillermo Aragoso, que se halla en el *Teatro de la vida humana*, verbo *Chymia*. Pero, sobre que la relacion de Aragoso se halla en dicho *Teatro* sin cita alguna, contiene algunas circunstancias que la hacen inverisímil.

Nicolas Flamel, vecino de Paris, que vivió al principio del siglo xv, y se jactó también de poseer el secreto de la piedra filosofal, fué quien, entre todos los pretendidos adeptos, tuvo derecho más aparente para ser creído. La Croix Dumaine, citado en el *Diccionario de Moreri*, pinta muy hábil á este hombre, pues dice que era poeta, pintor, filósofo, matemático, y sobre todo, grande alquimista. En el cementerio de los Santos Inocentes, donde fué enterrado, dejó una tabla pintada al óleo, donde, debajo de figuras enigmáticas, dicen están representados los secretos que había alcanzado de la alquimia. Lo principal, y lo que hace más al caso es, que, al paso que los que se jactan de saber el gran secreto de la piedra filosofal, por lo comun son unos pobres derrotados, que en su desnudez traen el testimonio de su falsedad, de Nicolas Flamel se sabe que llegó á tener el caudal de más de quinientos mil escudos, suma prodigiosa para aquella edad. Sin embargo, algunos autores franceses de buen juicio descubrieron en esta adquisicion de bienes otro secreto muy distinto del de la piedra filosofal. Dicen que Flamel, teniendo manejo en las finanzas, ganó tan grueso caudal con robos y extorsiones, especialmente sobre los judíos del reino, y para ocultar los inicuos medios por donde había llegado á tanta riqueza, y evitar el castigo merecido, fingió deber aquellos tesoros al secreto de la piedra filosofal (1).

(1) Monsieur de Segrais da noticia de otro frances, llamado Nicolás Duval, en tiempo de Francisco I, de quien se creyó también saber el misterio de la piedra filosofal, á causa de sus muchas riquezas. Pero el citado autor asegura que, sobre que Duval tenía una grande hacienda, ganó intereses crecidísimos en un comercio de granos con España. Monsieur de Segrais habla en la materia con prueba auténtica; pues dice que vinieron á parar en su poder los registros de un asociado de Duval en aquel comercio. En una hermosa casa que hizo Duval en Paris hay unos bajos relieves, que representan algunas historias de la sagrada Escritura. Conjeturaron unos alemañes que aquellas eran figuras simbólicas, donde estaban representados los secretos de la alquimia, y sobre ese supuesto hicieron un viaje inútil á Paris.

Con otras historias extremamente ridiculas pretenden los alquimistas confirmar sus sueños por verdades. Como creen, ó quieren

## § VI.

El traductor de Filaeta, omitiendo algunos de los ejemplos propuestos, que son comunes, alega otros tres más particulares ó ménos vulgarizados. El primero es del rey don Alonso el Sabio, citándole en su tratado del *Tesoro*, donde dice, que con la piedra filosofal hizo oro y creció muchas veces su caudal. Respondo que yo no vi, aunque tengo noticia de él, ese escrito del rey don Alonso; pero estoy cierto de que no poseyó el secreto de la piedra filosofal; pues á ser así, no se hubiera visto tan apurado de medios, que por falta de ellos perdió el reino. Léase el capítulo v del libro xiv de la *Historia del padre Mariana*, y en él estas palabras, hablando de don Alonso: «Nada más le aquejaba que la falta de dinero, cosa que desbarata los grandes intentos de los príncipes.» Y luego añade este grande historiador, que para ocurrir al ahogo hizo batir nueva moneda de plata y cobre de más baja ley y menor peso que la ordinaria, reteniendo el mismo valor, con que acabó de irritar á sus vasallos. Buena traza de poder multiplicar cuanto quisiese su caudal con el arte alquímico.

El segundo ejemplo es del emperador Fernando III, de quien, sobre la fe de Zuveltero, en su *Mantisa Española*, dice, que por su propia mano hizo en la ciudad de Praga, de tres libras de azogue, dos libras y media de oro puro, con sólo un grano de la tintura de los filósofos, del cual oro envió al padre Kircher, que estaba en Roma, unas monedas para que las examinase; y habiéndolas pasado por todas las pruebas, halló que era oro como el natural.

Seáme lícito contradecir á Zuveltero sobre este hecho; porque me acuerdo muy bien de haber leído en el *Mundo subterráneo* del padre Kircher, que habiéndole

hacer creer, que la piedra filosofal hace al hombre que la posee otro beneficio mucho mayor que enriquecerle, esto es, preservarle de toda enfermedad y alargarle la vida por muchos siglos, era preciso que también á este intento fingiesen algunos hechos. Así lo ejecutaron. De un tal Arteño publican, que por la virtud de su piedra filosofal, vivió mil y veinte y cinco años. En tiempo de Rogerio Bacon decian que Arteño había viajado todo el Oriente; que sabía los secretos más altos de todas las ciencias, y que estaba aún en Alemania. Juan Francisco Pico, conde de la Mirandula, riéndose de tales simplezas, añade, que había alquimistas que aseguraban que Arteño era el mismo que Apolonio Tianeo.

Pocos años há que en Madrid uno de estos, que buscando el oro por medio de la piedra filosofal, no hallan ni áun el cobre, contaba al propósito como verdadero y como reciente, un suceso capaz de hacer reventar á carcajadas á diez hipocondriacos, segun me refirió un sugeto de mi religion, que aseguró habérselo oído. El caso es como se sigue:

Llegó á Toledo un forastero, el cual, ó por casualidad, ó de intento, trabó comunicacion con un religioso dominicano, cuya celda dió en frecuentar. Tenía el religioso en ella una pintura de la Pasion de nuestro Salvador. Notó el religioso que siempre que el forastero venía á hablarle, se detenía un rato suspenso, mirando con una especie de admiración ú de asombro aquel lienzo. Preguntóle la causa. Respondió el forastero que el motivo de su suspension era, que, habiendo visto infinitas pinturas de la Pasion, aquella era la única que había hallado enteramente conforme al original. Replicóle el religioso, que ¿de dónde ó cómo podía saberle? A lo que el forastero frescamente satisfizo diciendo, que había sido testigo de vista de la tragedia que representaba aquel lienzo. Juzgó el religioso que hablaba por pura chanzoneta; pero él prosiguió en asegurar que había alcanzado aquellos tiempos, y que era uno de los que habían asistido á aquel gran suceso. Continuando el religioso en despreciar lo que testificaba el huésped,

llegado á este docto jesuita, estando en Roma, la noticia de que el emperador Fernando había hecho oro artificial, le escribió á aquel príncipe, de quien era muy estimado, preguntándole si era verdad; y el Emperador, cuya carta pone allí á la letra el padre Kircher, le respondió que no había tal cosa. El testimonio del padre Kircher en esta materia es de muy superior aprecio al de Zuveltero. Y valga la verdad: si aquel emperador hubiese logrado este secreto, le haría hereditario en su augusta familia para bien de ella y de la cristiandad. ¿Cómo, pues, los tres emperadores que le sucedieron se valieron de los mismos medios que los demas príncipes para ocurrir á sus urgencias, y algunas veces por falta de oro, así ellos como sus vasallos, se vieron en no pequeños ahogos?

El tercer ejemplar, áun más reciente que el segundo, que alega el traductor de Filaeta, es del conde Rocheri, napolitano, de quien dice, no que sabía el secreto de hacer la piedra filosofal, sino que la tenía, por habérsela quitado, juntamente con la vida, á un pobre adepto que había hospedado en su casa; y usando de ella dicho conde, engañó y estafó á muchos príncipes, en cuya presencia hizo la transmutacion, con la promesa de enseñarles el secreto de hacer la piedra, hasta que parando en la corte de Brandemburgo, donde también engañó á aquel soberano, descubierta, en fin, la impostura, fué ahorcado, de su órden, el año de 1708. Añade el traductor, que él mismo fué testigo de algunas transmutaciones hechas en Brusélas, no sólo por dicho conde Rocheri, mas también por el señor Maximiliano Emanuel, duque de Baviera, á la sazón gobernador del País Bajo, á quien el Rocheri había dado alguna porcion de la tintura filosófica, que había robado al adepto.

llegó el caso de explicarle este el misterio, el cual no era otro, sino que tenía la piedra filosofal, con cuyo beneficio había vivido tantos siglos, y esperaba vivir muchos más, porque de cincuenta á cincuenta años se rejuvenecía con el uso de ella. El modo era este: tomaba una porcion de aquellos preciosos polvos (que polvos dicen que son, aunque les dan el nombre de *piedra*), y al punto quedaba dormido. Duraba el sueño tres días naturales, al fin de los cuales despertaba, hallándose reducido á la más florida juventud. Persistiendo siempre el dominicano en despreciar como fabulosa toda la narracion, se ofreció el forastero á comprobar la verdad de ella con la experiencia. Esta se hizo en un perro, el más viejo de su especie que se pudo hallar. En la celda del religioso dió el forastero sus polvillos al perro, el cual al momento cayó en un profundo sueño; y advirtiéndole al religioso que no le despertase ó inquietase hasta ver en lo que paraba, se despidió, como que se volvía á su posada. El perro durmió los tres días, los cuales pasados, despertó con todo el vigor y robustez que había tenido en sus mejores años. Visto este prodigio por el dominicano, fué á buscar á su forastero, verisímilmente para solicitar de él, ya que no el descubrimiento del secreto, por lo ménos alguna cantidad de aquellos polvos, siquiera para remozarse dos ó tres veces. Pero el forastero no pareció ni en la posada ni en la ciudad, ni nadie pudo dar razon del rumbo que había tomado.

Hasta aquí la relacion del alquimista matritense. Dios tenga en descanso su alma, que, segun me dijo un sugeto, ya murió; y no pienso que en su testamento haya dejado grandes legados ni fundado muchas obras pias. Este cuento es verisímil que se haya fabricado á imitacion de otro que oí de uno, que el siglo pasado decía haberse hallado en las guerras de los Macabeos (ó fingió la existencia de tal hombre algun alquimista), y también debía su larguísima edad á la piedra filosofal. Lo que en el octavo tomo, discurso v, número 18, referimos de Federico Gualdo, es también natural fuese invencion de algun alquimista.

Era menester, para que este ejemplo nos persuadiese, estar asegurados de que en las transmutaciones dichas no intervino alguna ilusion ó juego de manos, de tantos como han discurrido y practicado varios embusteros para persuadir que sabian el secreto de la transmutacion. En el *Teatro de la vida humana* se lee de un veneciano llamado Bragadino, que con tales ilusiones dementó á muchos príncipes, y en fuerza de sus aparentes operaciones tenía persuadido á todo el mundo que poseia el secreto de la piedra; hasta que queriendo tambien enganar al duque de Baviera, este príncipe, explorando su modo de obrar con más cautela que los demas, conoció la impostura, y le hizo ahorcar. ¿Por qué las transmutaciones hechas por el Rocheri no serian puramente delusorias, como lo fueron las del Bragadino? El mismo fin tuvieron uno y otro, y creo que tambien el mismo artificio. Pero ¿qué dirémos á las transmutaciones hechas por el duque de Baviera? Que el Rocheri le enseñó á su alteza el juego de manos que sabía, y este príncipe se complacia algunas veces en la ejecucion de aquel inocente espectáculo en que á nadie perjudicaba; porque tambien los príncipes tienen sus humoradas, como los demas hombres.

## § VII.

Aquí será bien describir algunos de los artificios de que se valen los embusteros alquimistas, para persuadir que convierten los demas metales en oro. En suma, se reducen á que tienen oculto el oro en polvos ó en masa, ya en los carbonos con que dan fuego, ya en la ceniza, ya en la misma materia metálica, que dicen han de transmutar en oro (de suerte, que ponen al fuego, pongo por ejemplo, un pedazo de hierro, pero sólo es de hierro la superficie exterior, y por adentro es oro), ya en la punta de un báculo de metal, con que revuelven la mixtura en el fuego, y el oro, que parece despues hecho masa al fondo de la copela, y que quieren persuadir se hizo de otro metal, es el mismo que tenían oculto y se derritió durante la operacion. Estos son los artificios que he leído; pero puede haber otros muchos.

Algunas veces proceden con tan doblada simulacion estos embusteros, que enganarán al hombre más advertido. Sirva de ejemplo el suceso siguiente: un quimista se presentó en el palacio de Ernesto, marqués de Bade, ofreciendo á aquel príncipe hacer oro en su presencia. Tratándose de la ejecucion, dijo que no tenía la materia de que se hacia, pero que eran unos polvos de poco precio, que se hallarian en cualquiera botica ó tienda de droguista. Dijo cómo se llamaban; salió un criado del Marqués, de órden suya, á buscarlos. La primera tienda que encontró fué la de un droguista extranjero, que habia expuesto sus mercaderías á las puertas del palacio. Preguntóle si tenía tales polvos; respondió que sí, y le vendió alguna cantidad en tan bajo precio, como si fuesen de salvadera. Llevólos al quimista, el cual poniéndolos al fuego y mezclando un poco de azogue, sacó al fin un pedazo de oro. Gratificóle magníficamente el Marqués por el gran secreto que le habia revelado, y queriendo despues ejercitarle

por sí mismo, solicitó mayor cantidad de aquellos polvos; pero en ninguna botica parecieron, ni se halló boticario ni droguista que no dijese que jamas habia oido la voz con que el quimista los habia nombrado. El droguista que estaba á la puerta del palacio, y de cuya tienda se habian sacado, ya se habia desaparecido. Asimismo el quimista ya se habia ido á enganar á otra parte. Súpose, en fin, que el quimista y el droguista eran compañeros y obraban de concierto; que con designio formado habia puesto su tienda el droguista en paraje tan oportuno, para que luégo se tropezase con él, al tiempo que el quimista usase de su farándula; y en fin, que los polvos vendidos en tan vil precio para disimulo eran de oro, mezclados y ofuscados con arte. Refiere Beyerlink este chiste, citando á Jeremías Medero, y el padre Gaspar Scotto cuenta otro caso semejantísimo á este, que pasó en Brusélas.

## § VIII.

Últimamente, se me puede argüir con la barra que tiene el señor duque de Florencia entre las preciosidades de su gabinete, la cual es la mitad de hierro y la otra mitad de oro; por consiguiente, la mitad que es de oro no pudo hacerse sino por transmutacion alquímica del hierro. Respondo, que monsieur Homberg, químico excelente de la academia real de las Ciencias, descubrió la falacia de esta barra, y en las *Memorias* impresas de la Academia se halla expuesto por el mismo Homberg el artificio con que dos porciones separadas, una de hierro, otra de oro, se unieron de forma que parezcan una misma pieza.

## § IX.

Hasta aquí he impugnado la posibilidad de la transmutacion metálica que pretenden los alquimistas. Mas como yo no tengo la presuncion de que mis argumentos sean concluyentes, añadiré ahora, que áun cuando sea posible este arte, nadie se debe aplicar á él, ántes será imprudencia darse á su estudio, por la inverisimilitud grande que hay de lograr buen suceso.

Esta inverisimilitud se colige de varios fundamentos. El primero es, que, como confiesan los mismos alquimistas, entre millares de hombres que con suma aplicacion anduvieron toda su vida buscando la piedra filosofal, sólo uno ó otro rarísimo la hallaron. ¿Quién, pues, verosimilmente se puede persuadir que ha de ser de aquel número escaso de felices, y no ántes de la inmensa multitud de desdichados? ¿O quién prudentemente se meterá en un negocio, donde de mil uno se hace rico, y todos los demas no sacan otro fruto de su fatiga, que verse reducido á mayor pobreza? Todos es bien que tengan presente lo que dijo á la hora de la muerte Bernardo Penoto, químico hábil, que murió casi en edad de cien años, y toda su vida anduvo buscando la piedra filosofal. Pidiéronle sus discípulos y amigos que cercaban el lecho, que les comunicase los secretos que habia alcanzado tocante á la chrysopæia, y él les respondió: «Amigos, no tengo otro secreto que fiaros sino éste: que si tuviereis algun enemigo poderoso,

á quien querais destruir, procureis inspirarle el deseo de buscar la piedra filosofal. Este es el mayor mal que le podeis hacer.» Monsieur Duclos, médico de Paris, que murió de ochenta y siete años y visitaba muy pocos enfermos, por gastar lo más del tiempo en el estudio de la chrysopæia, dijo casi lo mismo, estando para morir.

El segundo fundamento, por donde se hace inverosímil, y áun moralmente imposible, la consecucion de la piedra filosofal, es la falta de instruccion. El medio de que se echa mano para lograrlo es la lectura de los libros que tratan de ella; pero estos, en vez de dar alguna luz, no dan sino sombras: tanta es la obscuridad con que están escritos. Los autores que con más claridad hablaron, sólo pusieron de manifiesto aquellos pocos principios generales de teórica, de que arriba dimos noticia. Pero llegando á tratar de las operaciones con que se debe extraer y perficionar la tintura del oro, todos, sin reservar alguno, implican la materia con tales enigmas, que aunque se juntasen mil Edipos, no podrian descifrarlos; de modo, que el que más hace, hace lo que el rio Alfeo, que va descubierto un pequeño trecho, y lo más del camino se oculta debajo de tierra. Filaleta (de quien escribe su traductor que escribió con más claridad que todos los demas) confiesa de sí, capítulo xiv, que no nombra las cosas por sus propios nombres. Si así se explica quien habla con más claridad que todos, ¿qué esperarémos de los demas? Ni ¿qué esperarémos tampoco de éste mismo?

En efecto, los mismos autores de primera estimacion entre los alquimistas asientan, que sólo ellos entienden lo que escriben; pero los que no saben el arte, nada sacarán de sus libros, si no fuere por revelacion divina. Teobaldo Hoghelande, en el libro *De difficultatibus alchemiæ*, parte II, junta algunos testimonios de estos. El mismo autor confiesa, que aunque tenía cien libros de este arte (los cuales se conoce revolvió bien), nada pudo adelantar en ella.

El tercer fundamento se toma de las inconsecuencias y contradicciones de los alquimistas, no sólo en cuanto á la materia de la piedra filosofal, mas tambien en cuanto á la preparacion de ella, en la cual, unos piden mayor, otros menor número de operaciones; varian tambien en la substancia y série de ellas. Unos quieren que la primer operacion, ó primer grado de la obra, sea la solucion, otros la calcinacion, otros la sublimacion. Donde noto, que el traductor de Filaleta se hizo cargo de las contradicciones que hay sobre la materia de la piedra, y las concilió muy bien; mas no de las que hay sobre la preparacion, que son casi tantas como aquellas.

Pero la inconsecuencia más visible, y juntamente más ridícula, que noto en los escritores de alquimia, es la siguiente. Todos, ó casi todos los autores cristianos, que han escrito sobre ella, dan por precepto indispensable, que el que se haya de aplicar á este arte sea buen cristiano, devoto, humilde, de intencion recta, de conciencia pura; y asientan, que sin esa inexcusable circunstancia nunca llegará á alcanzarse el gran secreto de la piedra filosofal. Por otra parte, confiesan que este secreto se comunicó de los árabes á los latinos,

F.

y los autores primodiales, ó príncipes, que alegan, todos son canalla sarracénica y mahometánica: Geber, Rasis, Avicena, Hali, Calid, Jazich, Bendegid, Bolzain, Albugazal. De éstos tomaron todo lo que escribieron Lulio, Villanova, Paracelso, Basilio, Valentino, el Trevisano, Morieno, Rosino y los demas europeos; celebrando á aquellos por adeptos insignes, especialmente á Geber, que lleva la bandera delante de todos. Conciértenme estas medidas. Dícennos que es necesaria para lograr la chrysopæia la práctica del Evangelio, y al mismo tiempo nos proponen como los mayores maestros del arte á los sectarios del Alcoran.

## § X.

De lo dicho se infiere, que los escritores de alquimia sólo pueden ser útiles á quien los lee, no para instruccion, sino para diversion, como las novelas de Don Belianis de Grecia y Amadis de Gaula. No por eso condeno aquellos autores, que, sin jactarse de poseer el secreto de la piedra, tratan esta materia filosóficamente, como el traductor de Filaleta, probando su posibilidad, á que muchos hombres de juicio y de doctrina han asentido. Este asunto es tan digno de disquisicion seria como otras materias filosóficas. Pero con los libros de aquellos alquimistas que prometen, en fuerza de sus preceptos, la consecucion del gran secreto, creo que se podría hacer lo que los alquimistas hacen con los metales, esto es, calcinarlos, disolverlos, amalgamarlos, fundirlos, precipitarlos, etc. Y cuando no se llegue á este rigor, hágase de ellos la estimacion que hizo Leon X de un libro que le dedicó un alquimista. Esperaba el autor una considerable gratificacion de aquel generoso protector de las artes y buenas letras; pero la que le hizo el Pontífice se redujo á una bolsa vacía que le envió, diciendo, que pues sabía el arte de hacer oro, no necesitaba otra cosa que bolsa donde echarlo.

El traductor de Filaleta dice, fólío 64, que santo Tomas, en sus *Obras morales*, confiesa la posibilidad del oro artificial y asegura haberlo hecho. Como el autor no señala el lugar, sino debajo de la generalidad de *Obras morales*, imposibilita el exámen del testimonio en que se funda. Pero sin temeridad creo poder afirmar, que en ninguna de las obras de santo Tomas se lee, que el angelical doctor afirme de sí haber hecho oro, y cuando le hubiera hecho, podría, no sólo confesar la posibilidad, sino afirmar la existencia. Bien léjos de eso, en el segundo de los *Setenciarios*, dist. 7, *quest. III*, artículo 1, da por imposible la chrysopæia. Es verdad que la razon del Santo no me parece muy eficaz; pues se funda en que la forma substancial del oro no se hace por el calor del fuego, sino por el del sol, y en las *Paradojas físicas* (\*) hemos mostrado lo contrario; esto es, que la formacion del oro no se debe al calor del sol, siendo imposible que éste penetre á la profundidad de las mineras, sino al del fuego subterráneo.

Citó tambien á favor de la chrysopæia á santo Tomas, 2.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, *quest. 77*, artículo II, el autor de un

(\*) Discurso XIV del tomo II, que ha sido omitido. (V. F.)

papel anónimo que se imprimió dos años há ; pero allí el Santo no determina cosa alguna, y sólo habla condicionalmente, diciendo, que si los alquimistas hiciesen verdadero oro, podrían venderle como tal: *Si autem*

*per alchimiam fieret verum aurum, non esset illicitum ipsum pro vero vendere.* Antes bien la condicional *si fieret* parece, que supone que efectivamente no se hace.

## RACIONALIDAD DE LOS BRUTOS.

### § I.

De polo á polo se apartaron unos de otros algunos filósofos en sus opiniones respecto de los brutos. Unos están tan liberales con ellos, que les conceden discurso; otros tan escasos, que les niegan aún sentimiento. ¡Discordia portentosa! Pero otra mayor y más admirable hay en la presente materia.

Habiendo, como decimos, filósofos que les niegan sentimiento á los brutos, hay otros que les conceden, no sólo sentimiento, mas también conocimiento á las plantas. Tan extravagantes y tan confusas son nuestras ideas. De esta opinión fueron tres famosos filósofos de la antigüedad, Anaxágoras, Demócrito y Empedocles, según testimonio de Aristóteles, libro 1 *De plantis*, y en nuestros días la renovó Andrés Rudigero, en el libro que intituló *Física divina*, impreso en Francfort, año de mil setecientos y diez y seis.

En cuanto á la opinion que les atribuye á las plantas sentimiento y apetito, el mismo Aristóteles, en el lugar citado, dice, que asintió á ella su maestro Platon, y añade, que aunque tiene esta opinion por falsa, pero no por disparatada: *Paradoxus igitur est, quamvis non adeo temerè errèt ejus intentio, qui plantis sensum, appetitumque tribuendum esse ita existimavit.*

Reprodujo esta opinion, habrá cosa de un siglo, el célebre dominicano fray Tomas Campanela, quien no sólo á las plantas, mas también á todas las cosas elementales, atribuyó facultad sensitiva, fundado en la razon (verdaderamente fútil) de que siendo los animales sensitivos, era preciso lo fuesen también los cuatro elementos de que constan, porque no puede dar la causa el efecto, sino lo que tiene en sí mismo. Si el argumento fuese bueno, probaria que los cuatro elementos son, no sólo sensitivos, sino racionales, porque el hombre, que consta de ellos, es racional.

Algunos filósofos modernos se aplicaron al mismo sentir, entre ellos el famoso físico Francisco Redi. Su principal fundamento consiste en la analogía que observaron entre la organizacion interna de las plantas y de los animales. Manuel Konig, doctor médico de Basilea, despues de los grandes anatómicos Bartholino y Malpighi, trató largamente esta materia, exponiendo cómo en las plantas se hallan venas, nervios, vasos, é instrumentos destinados para la respiracion, para la coccion y digestion de los alimentos, para la circulacion del jugo nutricional, para la expulsion del excrementicio, para la generacion, hasta descubrir en una planta

el útero con sus trompas, y las pares, con todas las tunicas que circundan el feto. En fin, nada echa ménos en las plantas respecto de los animales, sino los instrumentos que sirven al movimiento progresivo y á la formacion de la voz.

A la verdad, como todo lo demas se ajustase, estas dos últimas circunstancias no harian mucha falta, pues las ostras, que ciertamente son animales, ni tienen voz ni movimiento progresivo. Y ahora hago reflexion sobre un lugar de Aristóteles, en el libro III de la *Generacion de los animales*, donde parece que concede á las plantas las mismas facultades que á las ostras, diciendo que las plantas son las ostras de la tierra, y las ostras las plantas de la agua: *Quasi plantæ ostrea terrena, ostrea plantæ aquatiles sint.*

La experiencia del que llaman *árbol sensitivo* da más aire á la sentencia de aquellos físicos, que el testimonio alegado de Aristóteles. Diósele este epíteto á aquel árbol, como también el de *púdico*, porque llegando cualquiera á tocarle, retira con estridor hojas y ramas, como afectando fuga y sentimiento de la ofensa. En el istmo ó estrecho de tierra que divide la América Septentrional de la Meridional, entre Nombres de Dios y Panamá, dice Roberto Boile que hay una selva entera de estos árboles.

Lo mismo se nota en una planta, llamada *seta marina*, que se halla en algunos parajes de Italia, de quien da noticia Konig, citado arriba. Pero lo más singular y más persuasivo que he leído sobre la presente materia, es la relacion que se halla en las *Memorias de Trevoux* (año 1701, mes de Junio, folio 171), de una especie de flor fungosa que se vió cerca de Caen, á las orillas del mar, y en quien se hallaron todas las señas de sensitiva. He citado con puntualidad el lugar de dichas *Memorias*, porque los curiosos que las tuvieren á mano pueden ver en ellas su descripcion; pues no tratando yo este asunto sino por via de digresion, no es razon detenerme más en él. Por cuyo motivo omito también la especie de la langosta del Brasil, que por la primavera se convierte en planta; la de la yerba llamada *papaya*, que da un fruto semejante al melon, y no le produce si no siembran el macho junto con la hembra, como los distingue el vulgo, y otras semejantes, que podian hacer al mismo intento (1).

(1) Por equivocacion se llamó á la *papaya* yerba, siendo realmente árbol. El padre Regnault, tomo III de sus *Conversaciones físicas*, coloquio XVI, sobre la fe de un misionero, dice, que en la Abisinia hay un árbol llamado *enseté*, de quien los naturales del

### § II.

Volviendo, pues, á la cuestion sobre los brutos, digo que unos filósofos les niegan sentimiento, y otros les conceden discurso. Caudillo de los primeros se debe reputar Renato Descártes, quien afirmó que no son los brutos otra cosa, que unas estatuas inanimadas, cuyos movimientos dependen únicamente de la figura y disposicion orgánica de sus partes, según la vária determinacion que les da la union de los objetos que las circundan. Esta es una consecuencia forzosa del sistema filosófico de Descártes. Pero si Descártes la previó al formar el sistema, ó si viéndola despues de formado y publicado, sin embargo de reconocer su disonancia, se la quiso tragar, por no arruinar aquel edificio en que habia trabajado tanto su ingenio; no se sabe á punto fijo, y hay autores por una y otra parte.

He dicho que se debe reputar Descártes caudillo de esta opinion; pues aunque ántes de Descártes, Gomez Pereira, médico de Medina del Campo (que unos hacen portugueses y otros gallego), en el libro que intituló *Antoniana Margarita*, dió á luz esta paradoja, esforzándose largamente á probar que los brutos carecen de alma sensitiva, no tuvo séquito alguno, y su libro, sin embargo de haberle costado, como él mismo afirma, treinta años de trabajo, luégo se sepultó en el olvido.

Los que quieren quitar á Descártes la gloria de la invencion (si todavía esta invencion puede dar gloria), dicen que el filósofo frances habia leído el libro del médico español, y quiso pasar por original, siendo copiante. Pero, sobre que esto se dice advinando y sin alguna prueba, carece de verisimilitud, lo primero, porque consta que Descártes fué hombre de poca letura, y sus escritos filosóficos fueron parto de su meditacion. La *Antoniana Margarita* era un libro rarísimo, tanto, que Pedro Baile, siendo uno de los mayores noticistas de libros que hasta ahora se han conocido, sólo da noticia de un ejemplar que tenía en Paris monsieur Briot; y libros raros sólo por un acaso muy extraordinario pararan en manos de quien es poco dado á la letura. Lo segundo y principal, porque la doctrina de estos dos filósofos es bastantemente diversa; caminaron á un fin, pero por distintos rumbos; entrambos negaron alma sensitiva á los brutos, pero Descártes redujo todos sus movimientos á puro mecanismo; Pereira los atribuyó á simpatias y antipatias con los objetos ocurrentes; de modo que, según este filósofo, no por otro principio, el perro, pongo por ejemplo, viene al llamamiento del amo, que aquel mismo por el cual, según la vulgar filosofia, el hierro se acerca al iman y el azogue al oro.

El doctísimo obispo de Avranches, Pedro Daniel Huët, en su libro *Censura philosophiæ cartesianæ*, se empeña en probar, que la opinion de las bestias maqui-

nales ó autómatas es mucho más antigua que Descártes y que Gomez Pereira. En efecto, alega algunos testimonios, en que aparentemente se insinúa que tres antiguos filósofos, Diógenes, Ciceron y Proclo, fueron del mismo sentir; pero bien mirados, yo á la verdad no hallo en ellos expresiones decisivas sobre el asunto. Otros escritores han querido despojar á Descártes de la prerogativa de inventor, esforzándose á señalar las fuentes de donde bebió sus máximas, como á Platon para las ideas, á san Agustin para aquel primer raciocinio de su filosofia: *Yo pienso; luego soy*, etc. Pero este modo de impugnar, ni le tengo por sólido, ni por útil. No por sólido, porque realmente se halla una gran diversidad entre las máximas de Descártes, como él las propone y las coliga en sistema, y cuanto dijeron los antiguos. No por útil, porque aunque desautoriza el ingenio del autor, autoriza la doctrina. Para hacer que no se crea á Descártes, más á propósito es persuadir que lo que dijo, sólo él lo dijo, que arrimarle á otros ilustres patronos, cuya autoridad añada fuerzas á su opinion.

En lo que únicamente hallo que Descártes fué copiante, es en la prueba singular de la existencia de Dios, con que él y sus sectarios hicieron tanto ruido, jactándola como un descubrimiento admirable y de suma importancia para convencer á todo ateista. Pero este descubrimiento no fué de Descártes, sino de mi padre san Anselmo, que propuso la misma prueba en términos terminantes en el *Proslogio*, capítulo II, III y IV. En lo demas, no puede negarse que Descártes fué hombre de gran inventiva, de una imaginacion vasta y elevada, de ingenio sutil y despejado, pronto á desembarazarse de todas las concepciones comunes, y tomar vuelo por rumbos no descubiertos. Por eso en la geometria se avanzó gloriosamente sobre todos los matemáticos que le habian precedido; pero para la filosofia le faltó, á lo que yo entiendo, aquella rectitud de juicio electivo, á quien toca madurar las producciones del discurso, y aprobar ó reprobar los proyectos de un ingenio suelto y osado.

Algunos, como ya insinuamos arriba, se persuaden á que Descártes no asintió interiormente á la insensibilidad de los brutos, sino que por ostentacion de ingenio sostuvo aquella paradoja; porque ¿cómo es posible, dicen, que un hombre tan sutil se engañase en lo que está patente al más rudo? Pero yo, al contrario, digo, que si Descártes no fuese tan sutil, nunca creeria que los brutos eran máquinas inanimadas. Los hombres de no más que mediano alcance nunca salen del sentir comun; para descubrir apariencias de posible en lo imposible es menester una luz extraordinaria, aunque engañosa. Aquellos argumentos que, ó con sofisteria ó con solidez, persuaden las paradojas, están más allá del término adonde alcanzan los entendimientos ordinarios. Apenas hubo error grande que no fuese produccion de ingenio sobresaliente. Por eso dijo bien Ciceron, que no se puede imaginar algun disparate tan absurdo, que no le haya dicho ya algun filósofo. La sutileza es tan antojadiza de la novedad, que si no la rige el buen juicio, no hay quimera que no abrace. A ningún espíritu ordinario pudiera ocurrir motivo para afir-